



Otra estampa de conjunto cantarero. Bonifacia la Pilita esgorullando y sus hijas Gabriela y Manuela urdiendo. La pisa, los rollos de pie como manojos de espárragos gordos y la tabla de amasarlos, completan el cuadro de esta cocina manchega que tiene el fuego encendido y el puchero en la lumbre.

elevación a pulso y expresión forzada de su rostro, de los que sale la figura como creada por divina inspiración, para retocarla con sosiego después. La cantarera no se estira, se acocla, se agacha y se ensancha como gallina que empolla, remete y voltea la obra hasta que la forja, pero ninguno de los dos deja de estar atento a lo que hace ni procede con descuido en ningún momento de su creación. Maravilloso arte y asombrosa mujer la cantarera, que merecería un monumento en la plaza de la alfarería moteña, aunque es seguro que lo tiene en el corazón de cuantos conocen y admiran sus cualidades.

La canterera de la Mota no tiene alfar, y toma la cantarería como una



Este es el estado natural en que se encuentra siempre a la cantarera, sola en su rincón y sin dejar la obra. Difiere únicamente en el detalle de que al ver que Pitos la iba a retratar soltó la risa, pero la Ascensión está aquí de todo a todo, sentada en el poyo de mampostería que tiene en su cuarto, enfrente de la puerta para ver quien pasa, el barro sobado y la obra a la izquierda y el rodillo delante con la maceta a la que echa ringorrangos. Nadie dudará del amor con que se hacen estas labores, porque la actitud y el gusto íntimo de la Ascensión es como si estuviera haciéndole carantoñas a su propia hija y no a una maceta.